



## ¿SIRIA EN EL DIVÁN?

**Antonio Hermosa Andújar**  
(Universidad de Sevilla)

Las últimas semanas han venido sobrecargadas de noticias sobre Siria, algunas de ellas contradictorias. De un lado, parece cercana la reanudación de los contactos con Israel y hasta la apertura de negociaciones con la Administración Obama; de otro, por fin ha echado a andar en La Haya el Tribunal Especial para Líbano creado por la ONU en 2007 al objeto de investigar la masacre del 14 de febrero de 2005, en la que perecieron el entonces Presidente del Gobierno libanés Rafik Hariri y 22 personas más.

Una prudente gestión del primero de esos asuntos pondría al alcance de su mano la satisfacción de su deseo de superar el aislamiento internacional (*decretado* por el gobierno de Bush con la expulsión del embajador sirio de Estados Unidos precisamente a causa de la implicación aparente de su país en el asesinato de Hariri), y con él el de dar cumplimiento a su otro gran anhelo, a saber: mejorar su economía, tan alicaída después de que la bajada del precio del petróleo haya roto el pacto existente entre las intenciones y las posibilidades de ayuda por parte del aliado iraní. Una prudente gestión del segundo asunto pudiera representar un precioso e inesperado auxilio para el primero en una coyuntura de suyo favorable. Parece que la hora de la *política* ha sonado en Siria, si bien la falta de hábito hace surgir razonables dudas acerca de su aptitud para estar a la altura de las circunstancias.



El decimotercer *trabajo* de Heracles, seguramente borrado a tiempo de la agenda mitológica a fin de no desmerecer al héroe ante su club de fans, era el de llevar la estabilidad y la paz a Oriente Medio. Tan *hercúlea* empresa -inaccesible sin duda para el héroe epónimo- requiere de una Siria favorable a la misma. Su condición de *santa sede* para Hamás y la Yihad, de *potencia* externa en Líbano capaz de *fatalizar* al minúsculo país, de *autopista* para que milicianos del terror puedan llegar gratis y a tiempo a su cita con la sangre en Iraq o, en fin, de aliado estratégico de Irán son las credenciales que hace valer como actor principal en la escena. La política debe privarle de todos esos ases que tiene en la manga y fortalecer su papel al tiempo que debilita su *fuerza*, es decir, de convertirla en soldado de la paz.

A la comunidad internacional interesa ese cambio, y a la propia Siria más que a nadie. Su posición actual, en efecto, perpetuaría su actual situación de *justa* víctima de la diplomacia estadounidense y de blanco indefinido de las armas israelíes, lo que atizaría aún más el defensivo reflejo de arrojarse en manos del *polifemo* iraní y la necesidad de enmascarar la sumisión con una *coincidencia* de intereses, es decir, de simular lo que se quiere para disimular lo que se es y quién sabe si de cambiar de voluntad para no pagar el precio de la contradicción. En definitiva: a abrazar la tiranía como si se tratara de un ideal.

Al Gobierno de Obama interesa directamente dicho cambio porque desactivaría uno de los focos de peligro para sus tropas en Iraq, mas también porque extinguiría uno de los fuegos que vivifican la violencia fanática y porque aislaría al aspirante a potencia hegemónica regional *unificando* el mundo musulmán bajo su paraguas nuclear, esto es, a Irán; un hecho de suma relevancia, sobre todo tras haber renovado ayer mismo por un año las sanciones a Irán. He ahí, por lo demás, un interés compartido con Israel.



¡Y qué decir de éste! Le interesa tanto como a la propia Siria. Una *nueva* política en Siria, aun sin dar lugar a una Siria *nueva*, sería para el Estado judío un hito comparable al que supuso Egipto en su día, cuando Sadat decidió abrir negociaciones con el *enemigo* judío y refrendarlas visitando Jerusalén -donde fue recibido en olor de multitud-, la pacífica revolución que acabó costándole la vida.

Unas negociaciones entre Israel y Siria constituyen un capítulo específico en el libro de la estabilidad y la paz en Oriente Medio. De hecho, han tenido y siguen teniendo lugar. Más aún, antiguos colaboradores próximos al anterior gobierno de Benjamín Netanyahu han afirmado (véase al respecto el artículo de A. Benn en *Haaretz* del pasado 28 de febrero) que durante su anterior gobierno, en 1998, el próximo primer ministro se decía dispuesto a volver a las fronteras anteriores a 1967, y colaboradores actuales aseguran que no vería mal un retiro parcial del Golán. El propio Netanyahu escribió poco antes de las pasadas elecciones una carta a Assad prometiéndole que Israel no desencadenaría ninguna guerra contra Siria y declarándose dispuesto a negociar.

Por lo demás, estas breves pinceladas sobre relaciones diplomáticas entre ambos países, de las que las conversaciones indirectas mantenidas por Olmert trámite Turquía no son sino el último episodio oficial –conversaciones interrumpidas unilateralmente por Siria a causa de la reciente invasión israelí de Gaza, pero en las que el propio Primer Ministro en funciones pudo detectar la disposición favorable a hacer concesiones por parte de Siria-, revelan la existencia de una bien consolidada *tradición* en ese sentido. Tradición forjada por seis mandatarios israelíes, incluido como he dicho el mismísimo Netanyahu, en las que se produjeron importantes acuerdos que finalmente, a causa de la mutua desconfianza, no llegaron a cuajar. Es muy posible que el recuerdo de todo eso esté presente en el requerimiento sirio de la presencia norteamericana en la previsible apertura de otra ronda de negociaciones, así como en la afirmación de que éstas



tendrían lugar incluso con Netanyahu en el poder al frente de un gobierno de extrema derecha. Da idea de las intenciones sirias de salir del agujero actual confiar en el *enemigo* americano como garantía de que los posibles acuerdos con el venidero gobierno israelí no sigan la senda de siempre por la causa de siempre y tengan por destino el vacío.

Si esas relaciones han sido siempre necesarias, hoy son, además, urgentes. El conflicto con los palestinos se perpetúa y lo único que se sabe con certeza de él es que no puede tener un vencedor, por lo que antes o después resurgirá. De momento, y a la espera de lo que haga Irán si se le consiente el acceso a la bomba nuclear, las guerras *tradicionales*, entre ejércitos, hace mucho que desaparecieron de la zona, siendo sustituidas por formas de guerrilla urbana en las que los milicianos se escudan en la población civil al tiempo que disparan sin prejuicios tanto sobre civiles como sobre militares israelíes, a sabiendas de que la respuesta israelí será tan inmediata como desproporcionada; así, con unas pocas gotitas de ideología se tienen ganada a la opinión pública internacional, cuya conciencia, olvidada cada vez más de la historia, sepulta al judío de ayer en el Israel de hoy, ampliando con su odio a los judíos actuales el que ya le profesa de oficio el enemigo palestino: la paz, así, pasa de meta a sueño.

Obtener acuerdos con Siria, en suma, aparte de que será más fácil que con los propios palestinos al no mediar entre las partes la sobrecarga emocional ni religiosa que torpedea cualquier negociación con aquéllos, supondrá un doble beneficio estratégico para Israel, pues la reapertura de hostilidades en el frente norte se vuelve más movediza y las pretensiones iraníes corren menos riesgo de verificarse (véase al respecto el artículo del 24 de febrero pasado de A. Harel en *Haaretz*, “From Gaza to Damascus”). Quizá viéramos también si, faltándole a Hamás el apoyo sirio, sigue siendo el actor internacional sustantivo que algunos pretenden (al decir de Roger Cohen en su “Middle East reality check”, en



*International Herald Tribune* del 8 de marzo) o si, viéndose con más *desierto* en derredor, se *desenvalentona* un poco en su modo de proceder y, presa de un ataque de coraje, de pronto advierte con sana incoherencia que reconocer a Israel no era tan malo después de todo.

Ahora bien, la sinceridad de las intenciones y la claridad de los compromisos de Siria tienen en la apertura por parte de la ONU del Tribunal Especial para el Líbano (TEL) la piedra de toque en la que medirse; de su reacción a la constitución y las acciones de dicho Tribunal dependerá su credibilidad. Y no ha empezado con buen pie, que digamos, pues por boca de su Presidente ha declarado que un tribunal en el que haya politización -o sea: uno que ose ir contra Siria- es la antesala de un Líbano en el que habrá implosión, añadiendo que sólo hay un camino para la paz en el Líbano, y es el gobierno de unidad nacional -o sea: donde él pueda hacer y, sobre todo, deshacer-: “una sombría advertencia ésa que al menos tiene el mérito de la claridad”, ha comentado Issa Goraieb, director de *L’Orient-Le Jour*, diario libanés en lengua francesa, en su editorial de hoy, 14 de marzo. Esa nada velada amenaza amarga el horizonte de esperanza que las fuerzas antisirias habían creído atisbar sobre el inmediato futuro político del país, perceptible en manifestaciones como éstas: “La Justicia, en marcha”, “Por fin vemos un atisbo de que la impunidad en Líbano tiene los días contados”, etc., la última del hijo de la víctima, Saad Hariri.

Es muy probable que, en aras del nuevo clima que anda creándose, Siria no se oponga en principio al traslado a La Haya de los cuatro generales prosirios imputados por el asesinato de Hariri cuando el Tribunal los reclame al gobierno libanés. ¿Pero qué ocurrirá si las pesquisas se amplían y sus ramificaciones llegan a palacio? ¿Cuál será entonces la reacción de Siria: estará dispuesto el actual Presidente, llegado el caso, a que su país tenga un nuevo Presidente a fin de preservar los intereses actualmente en curso? Es como preguntar si estaría



dispuesto a hacer de Siria un Estado de Derecho, cosa que conllevaría hacerse el harakiri político. En fin, como la respuesta exige largo tiempo de meditación, mejor la pasamos por alto.

Con todo, ese dilema que antes o después vivirá Siria lo revivirá no mucho más tarde la propia comunidad internacional. ¿Cuál será su reacción ante la previsible obstrucción a la justicia por parte de Siria? ¿Seguirá negociando con ella como si tal cosa? ¿Asistiremos a un nuevo acto de impunidad de un tirano, a una nueva victoria de la fuerza sobre el Derecho, es decir: daremos en esta ocasión la bienvenida a Siria al concierto de las naciones *libres* a costa de sacrificar definitivamente al Líbano? ¿Renunciaremos una vez más a los principios en aras de la seguridad confinando de continuo los hechos en la sepultura del olvido y enterraremos para siempre a la justicia en ella? Por *legitimada* que esté en la práctica dicha costumbre, por *consolidado* que sea su uso, ¿aceptaremos perpetuamente que actos de voluntad pasados se conviertan en *destino* para los actos de voluntad futuros? Si el miedo no nos ha comprado el alma, y si la política no se ha vendido ya al nudo interés, es menester que la conciencia de la sociedad internacional salga de una vez por todas del diván y renuncie a seducir a la paz mediante la seguridad al precio de inmolar la democracia.